



*Siempre escrito
en el agua*

ALFONSO ALCALDE



BIBLIOTECA NACIONAL



00807685

COLECCION
ENTRE MARES



Presentación

La verdad es que "*Siempre escrito en el agua*", antología póstuma de la poesía de Alfonso Alcalde (1921-1992), merece mucho más que estas breves palabras de presentación. No pretendo dar cuenta de la riqueza léxica, el desgarró existencial, la escritura paradójica y contrastiva, el juego disolutorio de la tragedia hecha comedia, las aristas verbales siempre trastocadas, ni menos de esa sintaxis siempre al borde del resquebrajamiento interno, que utiliza Alcalde, 'esa clavija que destempla el sonido de la verdad insegura' y cuyo sujeto ni siquiera se salva en la sublimación discursiva, porque hay 'una mano que escribe / y otra que va borrando'.

Leer a Alcalde es como situarse pendularmente al borde de un abismo sin fondo, que nos atrae y nos repele, pero cuyo horror y espanto es menor que el hueco existencial de este vivir muriendo, de cuyo sufrimiento el sujeto poético hace su *leit motiv* vital y angustiado.

Hay en estos poemas un aire nítido y propio, un estilo vivencial que parece arrancarle oscuros sonidos a las palabras, enhebrándolas de una manera extraña y nueva que las emparenta con su génesis, al mismo tiempo que les engendra otros sentidos sumergidos en la tradición. Fluctuación entre el desmembramiento discursivo vallejiáno y la hiperbólica metafórización rokhiana: entre la inversión de la estructura lingüística, la transposición de verbos y sustantivos, el uso de

participios activos, por un lado y la enumeración caótica, intensificadora y metonímica por otro. De un extremo al otro: de la síntesis más purificadora y casi desnuda de adjetivos hasta la descarga de epítetos de todo calibre, desmesurados hasta la abstracción, que desmenuza el significado y aliviana la gravedad del verso final en cualquiera de los poemas.

Alcalde parecía escribir con la vida y con la sangre. ¡Qué difícil resulta separar al autor del hablante que subyace en versos como éstos!: 'Para desintegrarnos estamos, pulverizarse es la consigna, ir al encuentro de la destrucción, astillarse y pasar en la porfía de las horas...' («Una duda de nuestro tiempo»). Y en éste: 'Soy el incongruente, / el que no calza en su espejo / el que se evade de su racimo / y desde afuera lo ataca / y desde adentro lo niega' («Autorretato No 1»). Y más aún en aquél, el más terrible y premonitorio: 'Debieron morir antes o después o ahora y siempre / colgados del silencio, de la bruma, de una / avispa recorriendo el horror y el espanto, / abriendo la ceguera de la luz, el fragmento / de la sangre que tanto sobra / y la muerte en ese decoroso esplendor / magnífica y completa en su circuito detenida' («Salmo de los suicidas»).

Sobre todo es en *Los salmos cotidianos*, donde la angustia existencial del hablante se amplía para abarcar toda la realidad humana, remontándose al origen de la especie y dudando de su carácter esencial, entre la creencia religiosa y el descreimiento. Desde el «Salmo de la poesía» con sus cuestionamientos retóricos y surreales que se intensifican como un cántico ('¿...fue ilustrado el manco, fue carteadado el escriba, fue engalonado el sobrio, fue encubierto el fugitivo, fue embestida la desamada, fue montada la cornucopia, fue quemada la poesía que mulateó las angustias...?') hasta el «Salmo de las preguntas» que culmina con la pregunta más terrible: 'Padre y madre de las tormentas humanas / nunca quise nacer ¿Por qué no me escucharon?', pasando por el símbolo regenerativo y circular del «Salmo de la muerte»

en donde el muerto 'quedó en el ataúd/ como en una cuna' porque árbol, hombre y sangre retornan a su origen: 'Reuniéronse de nuevo/ las dos maderas/ y empezó a cerrarse/ el mismo árbol-hombre/ el hombre-árbol: medio a medio/ los huesos vegetales/ alrededor de un puñado de sangre'.

De allí surge uno de los núcleos temáticos centrales de la obra de Alcalde: la contradicción irresuelta entre el origen y el fin, el surgimiento de la vida y la oquedad de la muerte, hueco, carencia, vacío, falta, que a veces busca refugio en el amor y en otras en una regeneración y plenitud que añora una trascendencia soñada y transminada en la figura del hombre-Cristo o de una naturaleza redentora capaz de multiplicarse a través de sus elementos primordiales: el fuego, la lluvia, el viento, el árbol, la piedra, el sol, el aire: 'arrancarse los clavos, quemar la cruz/ aletear y ser feliz al internarse en la lluvia perpetua que termina en nuestras manos' («Lluvia perpetua que termina en nuestras manos»); 'Dentro de la piedra que tampoco es tuya/ dormirás, viajarás para salvarte' («Salmo del perdón»); 'nombrar el árbol y ser el árbol... entrar en todas las cosas/ y no permanecer sino en el recuerdo del olvido...' («Les habla el tutor de su sombra»).

Pero a veces, el hablante no puede evitar el desaliento y la contradicción vital entre vida y muerte genera un discurso discoyuntado y desmembrado atravesado también por imágenes de sufrimiento, dolor y fragmentación. La evidencia cristológica de la caída, del desposeimiento, de la carencia, produce una obsesiva repetición de figuras mutiladas que apuntan a la decapitación, al destrozamiento, al aprisionamiento, a la tortura, a la visión de un ser humano sufriente y desgarrado: 'Para desintegrarnos estamos, pulverizarse/ es la consigna, ir al encuentro de la destrucción, astillarse y pasar en la porfía de las horas/sucumbir...' («Una duda de nuestro tiempo»); 'Siempre quebrados/ yacemos/ esperando sin apremio/

la apresurada muerte' («Presentaciones»). También esto se muestra en títulos de poemas como «Degollación cuarta», «El ahorcado», «Todavía en el polvo encadenados», «Salmo de los torturados», «Salmo del dolor», «Salmo del abandonado», «Me cortarán las manos» y otros.

Aun si el dolor es un *leit motiv* siempre presente que parece marcar toda la obra poética, narrativa y dramática de Alfonso Alcalde, con un evidente acento vallejiano ('Mi dolor mide un metro de dolor...mi dolor es tan grande que da risa'; 'hoy el dolor salió casa por casa/ a preguntar por el dolor de los muchos y los pocos'; 'pasaban los niños camino al dolor, rumbo/ a la escuela y la fábrica del dolor/ para marcar su hora y sufrimiento'), también existe una vena popular y coloquial que enfatiza el humor, el chiste, la ironía; que incorpora el lugar común, el relato folclórico y el estilo apostrofante. Esta línea discursiva tan diferente a la anterior, muestra la complejidad de una obra que además de haber sido muy poco estudiada, es irreductible a una interpretación unívoca. Poemas como «La casa», «Doña Petronila asiste a la multiplicación de sus querubines», «Habíamos nacido el uno para el otro», «La doble muerte» o «Los pasajeros sin rostro», incorporan junto con el lenguaje coloquial y un humor corrosivo, elementos de la narración popular y de situaciones cotidianas o alienantes que a veces culminan en la crítica irónica o sarcástica. Cito por ejemplo, en «La doble muerte»: 'Caerse al chuico es cosa seria, vecino. Andar emparafinado ¿no? poniéndole entre pera y bigote con el hocico caliente/ echándose para atrás...mientras los otros dos compadres lo sujetan'. O la historia paródica sobre el aburrimiento de la cotidianidad matrimonial en «Habíamos nacido el uno para el otro»: 'En realidad habíamos nacido el uno para el otro. Jamás tuvimos un «sí» o un «no»... Ella leía, yo dormía. La transfusión de ideas era magnífica...Para ponerle un broche de oro a nuestra felicidad salíamos a dar una vuelta

por el barrio. Mostrábamos nuestros querubines...' etc. O la historia de doña Petronila a quien se le pierden los hijos de la comadre en un tren, contada en un texto que se inicia con versos libres y termina con pareados del refranero popular.

No podemos dejar de mencionar en este rápido recuento de las características de la poesía de Alcalde, el delirante surrealismo que impregna los poemas de *Balada para la ciudad muerta*, la serie de sonetos al estilo quevediano que dicotómicamente barrocos completan el libro clásico titulado *Ejercicios con el tema de la rosa*, ni la letanía apostrofante y rabiosa que asume el tema de la injusticia social en *Variaciones sobre el tema del amor y la muerte*, en donde la diatriba del hablante y el exabrupto casi alegórico de las formas enumerativas, sirven como símbolo exorcizante contra la tortura, la represión y la muerte. Desde lo coloquial a lo metafórico, desde la informalidad cotidiana a los salmos bíblicos y el despliegue de símbolos universales, desde el refrán y el aforismo pasando por el lenguaje de la canción, del himno, del cántico; usando el oxímoron, el epíteto, la transposición, el hipérbaton, la enumeración caótica, la intensificación cromática: pocos como Alcalde han mostrado una gama tan amplia de recursos poéticos con un manejo tan libre del discurso literario.

Quisiera terminar esta breve presentación, haciendo mención de un notable poema del libro *El panorama ante nosotros*, uno de los más densos y complejos del autor. Se trata de «Les habla el tutor de su sombra», verdadera arte poética, montada en el eje de una enumeración recolectiva que por analogías va mostrando el aprendizaje del oficio, los caminos de la producción literaria, la búsqueda interminable y el recuento de un proceso que a veces parece confundirse con la biografía o el testimonio. Con un manifiesto acento vallejiano, el sujeto lírico describe las tareas del poeta, que son también las de la pareja humana en su sobrevivencia cotidiana: «desalojar la llama, inventar la mujer trocarla por humo y vidrio incompleto con

dientes sostenidos en el columpio de la nieve. Y penetrar con ella en el vacío, dar bote, ser arponero/ de su embate, cambiar las ráidas luces de sus/ noches, desnudarla en medio del llanto, clavarla en el/ cielo...en ese desperdicio del alma por donde entramos/ para no salir ya nunca sino rodeados de hijos aullantes/ y marcar esos hijos con nuestros ojos, seguir viviendo/ dentro de los pequeños latidos de sus pasos». Tarea prometeica y menuda, intento apasionado de cambiar el destino, de ilusionarse una y otra vez con un mundo resquebrajado y solitario ('inventando flores, paraninfos, piedras que de su boca salen cayendo', 'estar al lado perenne de la libertad', 'un espejo trunco que nos devuelve la imagen') buscando trascendencias fugaces en una naturaleza panteística ('saber que es el mar quien nos interpreta y con sus gritos llegar a las remotas regiones de la pureza', 'nombrar el árbol y ser el árbol') o en un amor que se sabe efímero y contradictorio: 'pues a naranjazos caminamos, pues a manzanazos tomo tu/ brazo y tu boca para irma a morir contigo/ desmenuzándote, otra vez, como si fueras el mar/ que recoges con tu sonrisa y alejas con tu llanto'.0

Esta antología de Alfonso Alcalde nos devuelve al poeta en la integridad de sus vaivenes metafísicos y realistas, tradicionales y rupturistas, trágicos y semicómicos, apasionados y abstractos, matizados con una amplia gama de formas versiculares y temáticas. Recuperamos así, a otro de nuestros poetas ejemplares, injustamente marginado de las corrientes fundamentales de nuestra lírica en el siglo XX.

Naín Nómez